

-aunque los hombres no pierdan nunca la suya "en la satisfacción del vicio"-, lo que obliga a aquélla a esforzarse por conservar la propia castidad, lo único importante, puesto que, si se pierde, es para siempre.

Las observaciones que hace continuamente M. Wollstonecraft en defensa de sus tesis emancipatorias son además de una perspectiva psicológica extraordinaria: cuando un hombre emprende un viaje, generalmente piensa en su término; una mujer suele pensar más en los diversos incidentes del trayecto... O esta otra, con la que trata de desmontar ciertas tesis de Rousseau, pero que son igualmente aplicables al neomachismo de una Esther Villar: las mujeres presumen de su debilidad y toman el poder mediante la astucia de jugar con la "debilidad" de los hombres (...), pero al mismo tiempo las mujeres se han envejecido para lograr ese poder "ilícito". Las consecuencias sociales de todo ello son que se ha impedido "el progreso de la virtud del conocimiento".

La traductora y prologuista de *Vindicación...*, Charo Ema, califica de "tímido" el feminismo de Mary Wollstonecraft y de "no precisamente exquisito" el estilo del libro. No estoy totalmente de acuerdo. Por mi parte, encuentro este último, si no exquisito -¿por qué habría de serlo?-, sí tremendamente sugestivo, gracias a ese mismo apasionamiento de tono que otros censuran. En cuanto a la relativa "timidez" de sus reivindicaciones, sólo cabe decir que buena parte de las cuestiones que planteaba Mary Wollstonecraft hace casi doscientos años siguen todavía -al menos en algunas latitudes- dolorosamente en pie. ■ JOAQUÍN RABAGO.

Filosofía para todos

La filosofía no es privilegio de especialistas, aunque sean estudiosos de la misma quienes preferentemente la escriben. Todos tenemos nuestra filosofía de fon-

do, pero lo difícil es expresarla. Cherteston, por ejemplo, decía humorísticamente que, cuando iba a un restaurante desconocido, lo primero que le interesaba era enterarse de la filosofía del cocinero, no fuese a pretender éste envenenarle para acabar así con las ideas que él sostenía.

Lo mejor de un hombre que piensa no es un estudio de detalle realizado elucubrando sobre un punto abstruso que a pocos interesa, aunque sea necesario también hacerlo, sino la concreción posterior de sus ideas sobre el hombre y el mundo para uso de los demás. Ideas directrices para la vida porque, como con razón aseguraba Epicuro, "vana es la palabra del filósofo que no sabe aliviar al hombre que sufre".

Los breves resúmenes de filosofía para uso de indoctos es la labor más meritoria que pueda realizar un pensador. Por eso debíamos editar libros cuidadosos y acertados como éste que, en el nuevo Bachillerato, va a usarse para iniciar a los jóvenes en la costumbre de "coger las cosas por su raíz", como consideraba Marx que debía ser la misión de la filosofía. Por ejemplo, de toda la extensa obra de Jaspers, la más apreciable y útil es, con mucho, su pequeño librito de "Filosofía" (1), donde reúne sus opiniones acerca de las "generalidades" de la vida. De Sartre, muchos pensaríamos que sería "El existencialismo es un humanismo". De Heidegger, su "Carta sobre el humanismo". De Mao, sus máximas. De Wittgenstein, su "Tractatus". Y de Marx, sus "Tesis sobre Feuerbach". Y, si nos adentramos en el pasado más remoto del pensamiento humano, los breves epítomes de pensamientos, a veces fragmentarios, de Lao-Tsé, Heráclito, Epicuro o Epicteto valen por miles de extensos volúmenes que fatigan la atención y embrollan la mente, porque hacen perder el hilo central conductor, entre la maraña de hojarasca que contienen.

(1) Carlos Díaz y José Montoya: *Filosofía*. Ed. Marfil. Alcoy, 1977.

Carpentier y Pablo de la Torriente

Por un error de transcripción de una conversación telefónica, pongo en boca de Alejo Carpentier algo que él no dijo: que Pablo de la Torriente Brau formaba parte del grupo minorista, movimiento literario-político-cultural que tanta importancia tuvo en el proceso de liberación de Cuba.

En realidad, Pablo de la Torriente perteneció a la generación que sigue inmediatamente a la de Marinello, Martínez Villena, Carpentier, Roig, Nicolás Guillén, etcétera, integrados todos en el citado grupo; una generación tal vez más politizada que la anterior y en la que figuran nombres conocidos por los cargos que han desempeñado en la revolución cubana: Raúl Roa y Carlos Rafael Rodríguez.

Pablo de la Torriente Brau murió, como dice Carpentier en la entrevista, en el frente del Jarama, defendiendo a la República española como comisario político de las Brigadas Internacionales. ■ R. CHAO.

No sólo no es desdeñable ocuparse de un texto elemental como éste, sino quizá debiera ser una labor crítica imprescindible ocuparse de ellos en las reseñas de libros que se hacen en revistas y publicaciones periódicas, a causa de la tan decisiva y extensa impronta que tales manuales han de producir entre sus obligados y numerosos lectores.

He procurado leer casi todos los textos que se han publicado sobre esta materia para enseñanza juvenil, y -salvo el de Carlos París- no encuentro apenas ninguno que pueda ser comparado con el que aquí comento.

Empieza Carlos Díaz por tratar del "ansia inacabada de verdad", en que consiste también el filosofar. Eficaz filosofía que -como él bien señala- no sólo la proporciona el filósofo profesional, sino todo apasionado investigador amplio de la realidad, como fue, por ejemplo, Carlos Darwin en su "Origen de las especies", aunque muchos no consideren esta obra como un tratado de filosofía.

No hay que escandalizarse porque haya muchas filosofías teóricas, ya que "hay muchos caminos que llevan a Roma, pese a que unos sean menos directos que otros". Lo importante es "querer ir siempre más allá, y cada vez más precisamente". La filosofía resulta también un "diálogo entre diversas disciplinas sobre temas básicos", como pretende el profesor Gustavo Bueno. Y el filósofo debe ser un "funcionario de la Humanidad", un especialista en esa "generalidad" que debe ser la base humana que late en el fondo de cada cosa y de cada partícula del saber.

Hace Montoya -el coautor del libro- un resumen al día de lo mejor de nuestros conocimientos sobre la antropología, la psicología (especialmente interesantes son sus observaciones sobre los instintos y sobre la libertad), la comunicación, la lógica y la verdad. Este trabajo último sobre la verdad es particularmente orientador y convincente.

Termina más tarde Carlos Díaz el libro con unos inteligentes capítulos sobre la dimensión social del hombre, la moral y el Derecho. De sumo interés son sus reflexiones sobre la persona humana, basadas en las modernas investigaciones de Piaget, con el que trabajó personalmente. Y termina por fin el tema de lo religioso y el del sentido de la existencia, excesivamente resumidos en el libro para mi gusto, pero con agudas reflexiones sobre ello.

El libro queda enriquecido con una bibliografía escogida para cada tema, brevemente comentada para orientar al lector, y de la cual da muestra una re-

lación de textos al final de cada capítulo.

Didáctica y filosóficamente recomendaría este libro no sólo a los hijos, sino a los padres también, pues, después de la mercancia filosófica escolar tan baja que recibimos tras nuestra guerra civil, buena falta hace que aprendan a pensar los adultos con otras categorías mentales como las que se exponen en este libro.

Defectos los tendrá, pero no son visibles, salvo algún pequeño detalle, como aludir a Freud utilizando la expresión "fuerzas subconscientes", denominación que él siempre evitó, pues sólo utilizó los términos "inconsciente" o "preconsciente", pero nunca el de "subconsciente". Esperamos que empiece con estas publicaciones una nueva época en la que la juventud aprenda a pensar, y los mayores que creemos hacerlo bien, tengamos la modestia de reconocer nuestros fallos y poner remedio a los mismos con lecturas básicas de este tipo. ■ E. MIRET MAGDALENA.

"De qué va el rock macarra"

... Pues de lo que siempre ha ido el rock. Así de claro lo deja Diego A. Manrique en su libro "De qué va el rock macarra", Eds. de La Piqueta. Madrid, 1977).

Al cabo de tantos años de predominio rockero, está empezando a resultar un poco patético el empeño que esta música, todavía hoy llamada "nueva", pone en ser nueva de verdad, en renacer cada año -o todo lo más cada dos años- como un Ave Fénix de ciclo ridículamente pequeño. No menos trágico re-



Portada del libro de Manrique.

CINE
BELLAS ARTES

¡GRAN EXITO!

un film de
GILLO PONTECORVO

LA BATALLA DE ARGEL

(La Battaglia di Algeri)

J. Martin
S. Yaref
B. Hugging

Producción: Antonio MUSU



LA BATALLA
DE ARGEL,
posiblemente
la epopeya
revolucionaria
mas emocionante
desde el "Potenkim"
y "La Madre"

Pauline Kael ("New Yorker")

Leon de Oro de
Festival de Venecia

Versión
original
con subtítulos
en español



sulta el destino de las sucesivas revoluciones "pop", lanzadoras de filosofías omnicomprendivas y totalizadoras que al cabo de no más de un lustro acaban convirtiéndose en argumentos de venta para los agentes de publicidad —a quienes, encima, les gusta el rock—.

¿De qué va el rock, pues? De muy poquito. De lo que le corresponde por su calidad —no perdida pese a sintetizadores y melotrones— de música ligera. Lo restante no importa, y quizá por eso mismo pertenece al campo de la sociología, contumaz analizadora de gangas.

De ahí, no de la naturaleza o de la calidad de lo que defiende, la validez de la postura de Manrique. Hay que cazar al rock en su momento, no importa cómo sea o cómo se haga. El rock antes que nada es un escándalo, un estallido de lo intolerable ante los ojos todavía incomprensiblemente atónitos de los bienpensantes. Y en ese estallido está lo más granado de su mínima eficacia.

¿Una ilusión de libertad, entonces? Tal vez. O acaso sea que la libertad es únicamente un momento, un instante de catarsis que hoy sólo nos es accesible a través de la contemplación de desvergonzadas y arrogantes exhibiciones de la mayor constante de nuestro tiempo, la basura. Basura que hoy se llama punk —¿se pronuncia "pank"?— y que vaya usted a saber cómo se llamará mañana, cuando el punk nos esté vendiendo refrescos.

Pues nada, de eso va el libro. De la forma más actual de la basura. Y el Manrique va de defensor acérrimo de ella. Hace bien. Como Cocteau, elige el fuego. ■ JOSE RAMON RUBIO.

TEATRO

El Lope de Vega: tres obras pendientes de estreno

Si el Premio Lope de Vega gozara de mediana salud, lo lógico sería comentar las obras a medida que se estrenan. Pero la verdad es que el destino de los últimos Lope de Vega está siendo casi tan cruel como el que debieron soportar los héroes de la tragedia griega. El incendio del Español es una de las cau-

sas. Pero, aparte de que el retraso en abordar su restauración —contando con que es el "primer" coliseo nacional— es ya todo un signo del trato dispensado por la Administración, en su sentido más amplio, al teatro en general, creo que bien pudieron arbitrarse los medios necesarios para que las obras premiadas salieran a escena a su debido tiempo, ya fuera en el María Guerrero, ya fuera en cualquier otro teatro madrileño.

A estas alturas tenemos —aparte del Premio del 72, "Sólos en esta tierra", de Manuel Alonso Alcalde, que no se estrenó entonces por propia decisión del autor— hasta tres obras "atascadas", de incierto destino, elegidas en su día por un Jurado del que formaban parte representantes de la Administración, concretamente del municipio y del entonces Ministerio de Información y Turismo, y presentadas con el sometimiento de los autores a unas bases que contenían la promesa del estreno. Bases que, naturalmente, obligaban también a los autores de la convocatoria, en los mismos términos en que pudiera hacerlo el más riguroso contrato. Para todo dramaturgo es siempre duro someter sus obras a un Jurado; el hecho se vuelve cruel si, después de hacerlo y de obtener el Premio, no se cumple aquello que justificó esa decisión: ser estrenado de acuerdo con las bases. ¿Y qué pensar si, además, la Administración está implicada en la convocatoria?

No se han estrenado "Desde San Pascual a San Gil", de Domingo Miras (publicada en un número de "Tiempo de Historia"); "El engaño", de José Martín Recuerda, y "El desguace", de Alfonso Vallejo. Si se tratara de otro tipo de obras y de autores, la alegación del incendio del Español sería quizá más tolerable. Así no lo es, porque se trata de tres escritores de una innegable calidad, a los que sería necesario estimular en lugar de desanimar, aparte, claro, del valor, si es que aquí estamos dispuestos a darle al teatro valor alguno, que culturalmente supondría la presencia de sus obras.

El caso de Domingo Miras es quizá el más irritante. Autor de varias obras de indudable interés, de las que sólo una, que yo sepa, se ha visto en Madrid, y en la sala Cadarso, hecha por el Teatro Universitario de Murcia —cuyo director, César Oliva, montó también y presentó en varias ciudades, creo que insatisfactoriamente, otro texto de Miras, "La Saturna"—, es evidente que la conquista del Lope de Vega tenía que haber sido el paso decisivo para su incorporación al "censo público" de dramaturgos españoles. El retraso del es-

treno es, sin duda, una injusticia con Domingo Miras y con el teatro español, que, además —como prueba el caso de Jesús Campos, que no ha conseguido montar ninguna de sus obras tras el estreno de su Lope de Vega—, redundante en descrédito, por no decir en la muerte, del Premio, dándole un aire de "obligación administrativa", de "fastidioso compromiso", que en absoluto merecen los tres autores pendientes.

En el caso de Martín Recuerda, el éxito de "Las arrecogias del Beaterio de Santa María Egipcíaca" le pone, en cierto modo, a cubierto del que, en otro caso, hubiera sido grave e inmerecido retraso en su vuelta a la escena española.

En cuanto a Alfonso Vallejo, es autor del que se habla desde hace algún tiempo entre quienes han tenido acceso a sus originales mecanografiados. Su producción es amplia y no se trata en absoluto de ningún principiante, aunque sea un desconocido en nuestras carteleras. Con Vallejo, por lo demás, quizá comienza a cumplirse el vergonzoso hecho que ya han vivido otros autores españoles contemporáneos: que sus obras son más conocidas por ciertos estudiosos extranjeros que por los nuestros.

Conozco otra obra de él, "El cero transparente", que aun siendo temáticamente muy distinta, posee profundas analogías de estilo y de visión del mundo con "El desguace", que es el drama premiado. Son ambas dos piezas situadas en el área de las alucinaciones significativas, de la representación quintaesenciada de la crueldad y de la locura reconocibles. En la primera, el hombre, dolorosa-



José Martín Recuerda.